

Notas bibliográficas

ALEJANDRO CIORĂNESCU: *Estudios de literatura española y comparada*.—Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 1954.—310 págs. 4°. Precio: 100 pts.

El Dr. Ciorănescu nos descubre, en este nuevo libro, dilatados campos a la investigación de nuestra historia literaria, no limitada a los problemas particulares de las Islas, sino en cuanto éstos se relacionan con los problemas de la literatura universal.

Pero tampoco se circunscribe a los temas y autores insulares, sino que, junto a los trabajos relacionados con Canarias, estudia —como ya indica el título de la obra— otros temas tan generales y tan interesantes como *La conquista de América y la novela caballeresca*, que trata de las inter-reacciones de la historia y la actitud vital de los conquistadores españoles y el género caballeresco tan de moda en aquel momento (Este método, apuntado por Wilde, está sin duda destinado a prestar un gran servicio a la Crítica Literaria, aunque debe ser empleado con mucho cautela) A este trabajo se pueden añadir otros igualmente sugestivos como el ensayo sobre las *Rodomontades espagnoles* de Baudin, donde nos da una interpretación del hombre español del siglo XVI visto a través de las lentes francesas; y el magistral estudio crítico de *Calderón y el teatro clásico francés*, junto con otros más que no citamos, puesto que esta reseña sólo da cuenta de aquellos estudios que tengan alguna relación con los temas específicamente canarios.

El primer trabajo del libro, que trata de *Dante y las Canarias*, hay que calificarlo de revelador, puesto que añade a la mítica clásica de nuestras islas otra interpretación no menos mítica del medievo. Viene a demostrarnos de una manera plausible que la montaña del Purgatorio y del Paraíso —colocada en el hemisferio austral, en la antípoda de Jerusalén— es precisamente nuestro Teide. Parte el Prof. Ciorănescu de la poco conocida narración del último viaje de Ulises, descrito en la *Divina Comedia* que viene a ser el peregrinar del héroe griego hacia el

orco, «direto al sol», hacia lo desconocido, en busca de las islas de los Bienaventurados. Pero he aquí que nuestro comentarista descubre tras la máscara de Ulises a un personaje real, que es Ugolino Vivaldi, contemporáneo del Dante, que partió en busca de las tierras Afortunadas hacia 1291 y nunca más regresó. Hay pues una tradición clásica que, viniendo desde antes de Heródoto, se propaga hasta la Edad Media y se incorpora, a través de la *Divina Comedia*, a la mítica medieval cristiana, donde la Isla de los Bienaventurados, «la montagna bruna», y la Isla del Infierno se vienen a fundir en una sola.

Otro trabajo, donde se entra ya en plena literatura de Canarias, es el interesantísimo sobre *El teatro de Cairasco*. Debemos a la tenacidad y al celo erudito de Alejandro Ciorănescu el descubrimiento de cuatro comedias, hasta ahora desconocidas, del famoso autor canario del siglo XVI: un auto sacramental titulado *Comedia del Alma*, dos comedias de tipo religioso, la *Tragedia de Santa Susana* y la *Tragedia y martirio de Santa Caterina de Alejandría*, y una especie de comedia o alegoría laudatoria al *Recebimiento que se le hizo al Rvmo. Sr. Don Fernando de Rueda, obispo de Canarias*, donde se encuentra un importante hallazgo para nuestros lingüistas: los textos más extensos conseguidos hasta ahora del lenguaje prehispánico de Canarias.

Nuestro crítico analiza una por una las comedias, que le ha sido dado consultar en la Biblioteca de Palacio de Madrid, y encuentra en ellas «detalles pintorescos y realistas de carácter local, en los rasgos de vida y de costumbres contemporáneas de Canarias», que además tienen el interés de ser «el texto más antiguo de esta región, que ofrezca datos sobre la vida civil y detalles de costumbres que correspondan a una preocupación moral» (pág. 74). Es curioso que Cairasco señale el ocio, la murmuración y el afán de novedad como los defectos más frecuentes de sus contemporáneos, pues podemos ver satirizados para el siglo XX esos mismos defectos en una obra de muy distinto matiz, cual son *Las Crónicas de la Ciudad y de la Noche* de Alonso Quesada.

Son frecuentes los pasajes alegóricos que señala el Dr. Ciorănescu no sólo en el auto sacramental sino también en las comedias, pero en éstas —dice— las discusiones de los personajes son «menos de una verdadera riña que un ejercicio retórico» (pág. 77), donde se lanzan vituperios y groserías, «escenas típicas que Cairasco llama *matraca*», sin que el comentarista sepa por qué. Acaso el canónigo de la catedral de Canarias haya hecho una traslación semántica con estas hueras discusiones y la matraca que en Semana Santa sustituye a las campanas, haciendo un ruido desconcertado y sordo; por otra parte, matraca tiene la acepción de «burla» en nuestro diccionario.

En tres interesante ensayos estudia el Prof. Ciorănescu diferentes aspectos de las más grandes figuras de nuestro siglo XVIII, siglo que parece haber marcado con honda huella el pensamiento isleño, pues él nos dio casi los únicos autores de categoría nacional (Iriarte, Clavijo y Fajardo, Viera).

El primer ensayo es un comentario sobre el valor de Tomás de Iriarte como fabulista, comparándolo con otros cultivadores del género. Distingue acertadamente entre las fábulas de La Fontaine, que son auténticas narraciones, y las de

Iriarte que son sátiras donde se manifiesta la «expresión polémica de sus desavenencias con el mundo de los literatos contemporáneos» (pág. 203). Esto basta para afirmar la originalidad de Iriarte, puesto que después de La Fontaine fue el único que, sin ser tan gran poeta como él, logró crear una fórmula diferente. Pero naturalmente esto no explica la popularidad de las fábulas de Iriarte, sino más bien el interés que tiene el mundo que nos presenta, el «de los escritores y de los artistas». Más preciso se muestra el Dr. Navarro en su introducción a las poesías editadas en «Clásicos Castellanos» (que ya comentamos, en esta revista, tomo XXI, 1955, pág. 256) y que el Dr. Ciorănescu no cita, porque debió escribir este ensayo por la misma fecha.¹ El Prof. Navarro dice bien que la fama de las fábulas es debida a sus dotes poéticas, a sus argumentos ingeniosos, a su festiva ironía, y sobre todo a esa «visión del mundo animal, mirado ante todo con ojos de hombre que canta y trabaja...» (pág. XLIX).

Los otros dos ensayos restantes constituyen una verdadera introducción al estudio de las obras literarias de Viera y Clavijo, cuya figura se nos muestra aquí a la luz del racionalismo francés, que nos explica claramente su posición y su trayectoria no sólo dentro de las letras canarias sino también de la literatura española. Afirma el Dr. Ciorănescu que lo que se destaca «en la personalidad literaria de Viera y Clavijo no es su imaginación ni su sensibilidad, sino su buen juicio, su espíritu crítico que le sitúa en la misma línea de Feijóo» (pág. 209). Y a continuación dedica más de 60 páginas a demostrarlo. 1° Nos señala las circunstancias biográficas que contribuyeron a ello: su viaje a París (1777-78), donde conoció a D'Alambert, en la Academia Francesa, y a Sigaud-Lafond en su cátedra de química-física; su viaje a Madrid y sus relaciones con el afrancesado conde de Aranda y con Cabanillas; su misión, aún no bien conocida, como censor, etc. 2° Nos presenta a Viera como traductor más o menos libre, pero siempre ávido de obras francesas, entre las que se encuentran de las más diversas materias. Desde la *Henriade* de Voltaire (cuya traducción según Ciorănescu nos prueba su «tolerancia y liberalismo»), hasta los poemas didácticos de Delille sobre *Los Jardines*. Y 3° Nos lo presenta como creador, al fin, de unos extensos poemas didácticos (que ya llamaron la atención a Menéndez Pelayo) sobre *Los Aires fixos*, *Las Bodas de las Plantas*, que no pueden haber sido inspirados sino por las tendencias científicas y racionalistas francesas. Habla también de un tratado sobre *La Elocuencia*, interpretación libre de uno del mismo título de La Serre, citado por Menéndez Pelayo en la *Historia de las Ideas Estéticas* (tomo III, ed. C. S. I. C., pág. 480) como existente en su biblioteca.

Por último en un breve ensayo, que sirve de colofón a éste más largo, nuestro

¹ En efecto, estos escritos fueron determinados por el 2° Centenario de Iriarte y fueron simultáneos. El ensayo de Ciorănescu, ahora incluido en el tomo que comentamos, apareció primero como introducción de la bella edición ilustrada de las *Fábulas Literarias*, que estampó Goya-Ediciones en 1951. El Dr. Navarro había tratado de Iriarte en el núm. 1 de «Revista de Literatura», enero-marzo de 1952; la edición de «Clásicos Castellanos» lleva fecha de 1953.—N. DE LA R.

comentarista estudia a Viera como escritor propiamente dicho, reconociendo, como ya lo había hecho Menéndez Pelayo, con menos conocimiento de causa que Ciorănescu, que el verdadero Viera y Clavijo hay que buscarlo «en su correspondencia, en su actividad de crítico literario, en su prosa histórica y científica» (pág. 265). Nos sugiere que en sus cartas —en su mayoría inéditas— acaso se encuentre el cuadro satírico-costumbrista más logrado de la sociedad española del XVIII, y desde luego afirma, con todos los críticos, que Viera es un verdadero maestro, un escritor de gran categoría en «el arte de escribir y contar», en la prosa didáctica que se encuentra en sus magníficas obras: el *Diccionario de Historia Natural* y la *Historia de Canarias*.

En fin, aparte de las erratas e incorrecciones que a veces se han deslizado en algunos trabajos (galicismos, repeticiones, etc.), como en el primer ensayo sobre *El Dante y Canarias*, podemos decir que el Dr. Ciorănescu ha aportado, en este libro, valiosos descubrimientos y luminosos juicios a nuestra historia literaria, señalando además nuevos caminos a la investigación y a la crítica en Canarias.

Sebastián de LA NUEZ

SEBASTIÁN DE LA NUEZ CABALLERO: *Tomás Morales. Su vida, su tiempo y su obra.*—«Biblioteca Filológica», Universidad de La Laguna [Litografía A. Romero S. A.], dos tomos, 8°, de 296 y 342 págs., con 10 y 4 láminas, respectivamente.—Santa Cruz de Tenerife, 1956.—Precio: 110 Ptas. los dos tomos.

Estamos, sin duda, ante una obra de capital importancia dentro de la bibliografía de Tomás Morales. Faltaba un estudio de esta índole sobre nuestro gran poeta, y nadie como Sebastián de La Nuez podía cargar sobre sus hombros tamaña empresa. Porque a este inquieto y joven profesor de Literatura, además de una preparación esmerada, no le falta paciencia de investigador, sensibilidad de artista y, sobre todo, una heroica actitud vocacional que le hizo renunciar a su rentable profesión farmacéutica para dedicarse de lleno al cultivo y docencia de las letras.

El primer tomo de esta obra, titulado *El hombre y su tiempo*, es un estudio de la biografía de Tomás Morales desde su nacimiento en Moya de Gran Canaria el año 1884 hasta su muerte el 15 de agosto de 1921, en el número 11 de la calle de Pérez Galdós, en la ciudad de Las Palmas. No es una biografía escueta y desnuda, sino enraizada en la geografía y en el tiempo. Es la anécdota de una vida enhebrada en el minúsculo suceso cotidiano y en el gran acontecimiento universal. Moya, Las Palmas, Cádiz, Madrid y Agaete, con sus pequeños y grandes problemas, aparecen a lo largo de este primer libro, sirviendo de soporte humano a una vida, creando el clima espiritual y sensorial del poeta.

Y junto a los hechos y a la geografía, los hombres, los amigos, las escuelas literarias, los que descubrieron y guiaron al poeta, los que le mimaron y agasajaron,

los que le alentaron en el camino y los que le acompañaron en el triunfo: Alonso Quesada, Díez Canedo, Luis Doreste, Néstor de la Torre, Saulo Torón, Fernando Fortún, Antonio y Manuel Machado, Rubén Darío, Salvador Rueda, Villaespesa, la Colombine, Victorio Macho... Y a lo largo de todo el libro el discurrir armonioso de los versos de Tomás, cargados de contenido autobiográfico.

Es interesantísimo el estudio de las relaciones de Tomás Morales con Salvador Rueda, Villaespesa y la Colombine. Y es incalculable la cantidad de paciencia y la tenacidad de Sebastián de La Nuez para seguir, p. e., la pista, a través de las actas de exámenes, a la mucha o poca aplicación, casi siempre poca, de Tomás Morales, desde sus primeros estudios en el colegio de San Agustín hasta el final de su carrera de medicina en la Universidad de Madrid.

El segundo tomo está dedicado a la obra de Tomás Morales. Comienza con un estudio minucioso y exhaustivo de las variantes de los textos, a través de periódicos y revistas como «Ecos», «Revista Crítica», «La Mañana», «La Lectura», «La Defensa» y «Mundial Magazine», donde se publicaron muchas de estas poesías, a través de los mismos manuscritos del poeta, corregidos una y otra vez, del libro primerizo *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* y de su redacción definitiva en *Las Rosas de Hércules*.

Estudia a continuación dos aspectos inéditos de Tomás Morales (las traducciones de Leopardi y las poesías satíricas, de poco valor), sus artículos de crítica y *La Cena de Bethania*, drama bíblico estrenado en Las Palmas el 4 de abril de 1910 y publicado por Sebastián de La Nuez en el núm. 1 del «Anuario de Estudios Atlánticos».

Siguen tres estudios valiosos, titulados *Las fuentes*, *Los temas* y *El estilo*. A nuestro juicio, el más interesante y valioso es el tercero. Hasta la forma literaria, que en algún momento de la obra presenta cierto desaliño y pequeñas incorrecciones y descuidos, debidos seguramente a apresuramientos de redacción o impresión, se entona aquí y engalla. Se adivina que, en esta parte, puso Sebastián de La Nuez, si no el mayor esfuerzo, al menos el mayor entusiasmo. El autor, que había hecho desfilar ante su mirada inteligente, casi uno por uno, todos los poemas, señalando las variantes de los textos, buceando sus fuentes y sistematizando sus temas, los somete ahora a una nueva y minuciosa revista, estudiando la métrica, el ritmo, las estrofas, la rima, los elementos fonéticos, léxicos, morfológicos, las formas sustantivas y adjetivas y otros elementos formales y sintácticos. El asedio final a que somete los «Himnos», las «Alegorías» y las «Epístolas» es el más acorde con la fina sensibilidad de Sebastián de La Nuez y con sus buenas dotes de gustador de bellezas.

La obra termina con cuatro apéndices de relativo interés: algunas poesías no recogidas en volumen, traducciones de algunos poemas de G. Leopardi, un proyecto de tragedia en prosa, una selección de artículos críticos de Tomás Morales.

Esta obra, que sirvió de tesis doctoral a Sebastián de La Nuez, constituye, desde ahora, el estudio de más envergadura en torno al poeta mayor de las Islas Canarias.

DOMINIK JOSEF WÖLFEL: *Die Religionen der vorindogermanischen Europa*, en «Christus und die Religionen der Erde», herausgegeben von Dr. Franz König.—Viena, Thomas Morus-Presse im Verlag Herder (1952).—Separata del tomo primero, págs. 161-538, 4°.

La vasta obra que dirige König, respondiendo a su título, es de carácter enciclopédico: las relaciones entre religión y cultura en general son demasiado estrechas para que un estudio de las religiones del mundo, pasadas y presentes, no resulte prácticamente un estudio del devenir de la cultura humana. En tal género de obras de campo de estudio universal, es lo más frecuente que los colaboradores realicen una labor de inventario, que se esfuercen en dar al lector un censo de todas las variedades del hecho estudiado a través de tiempos y espacios y breves resúmenes de cada uno o de los juzgados más importantes. Tales son por ejemplo los recientes tratados de historia de la escritura (Diringer, Faber, etc.), que, precisamente a pesar de este más bien modesto propósito, presentan lamentables faltas de información.

Encargado Wölfel de un extenso capítulo de la obra de König, ha adoptado una bien distinta posición; sin duda en su libro —pues libro y bien extenso es el suyo, aunque forme sólo una parte de un volumen de «Christus»— se resumen los principales datos que poseemos sobre las religiones primitivas preindoeuropeas de Occidente; pero, lejos de intentar una colección de trataditos parciales, ha planteado el problema en toda su vastedad, ha intentado una sugestiva *síntesis* que marque el carácter típico o dominante de estas religiones y su evolución hacia el politeísmo clásico, bien conocido por la literatura y el arte greco-latino; politeísmo que se presenta en contraste con aquellas creencias anteriores, centradas en la creencia en un dios justo del cielo y el culto de los muertos o antepasados. Estas creencias se van contaminando progresivamente de *demonismo*, concreción de las fuerzas y fenómenos naturales, hasta personalizarlos, y de *heroísmo*, divinización de aquellos antepasados gloriosos que van alcanzando un puesto en los cielos y acaban por arrojar de ellos al mismo dios primitivo; y en esta evolución degenerativa, insinúa Wölfel, tienen mucha parte los pueblos indoeuropeos que desde un momento lejano van señoreando Europa; ellos son los introductores de la cremación funeraria, antitesis tanto de la idea de inhumación megalítica como de la momificación.

Pero, como decíamos, historia de la religión sin historia de la cultura es imposible, y más en vastos períodos en que la escasez de noticias concretas obliga a echar mano de toda clase de indicios y datos complementarios para inducir algo clasificable. Por eso Wölfel a este tipo de religión primitiva no lo estudia aisladamente, sino como un elemento de un amplio tipo de cultura, lo que él llama *cultura megalítica*, y, a base sobre todo de la arqueología, trata de reconstruir el origen y difusión de esta cultura. Sitúa su probable origen en Occidente, en los grandes sepulcros de cúpula y galerías cubiertas del sur de España, de donde pa-

sarían no sólo al Norte y al África, sino a lo largo del Mediterráneo, mediante una invasión violenta en el mundo egeo y Oriente.

Es curioso como oscilan las teorías que tratan de explicar este llamativo fenómeno neolítico de los sepulcros megalíticos. No es sin duda un hecho general del neolítico, y por ello mismo es tentador atribuirlo a la expansión material de un pueblo o, por lo menos, de una cultura. Cuando estudiábamos prehistoria por primera vez —hace cerca de 40 años, *hélast!*— el entonces joven arqueólogo Dr. Bosch Gimpera sentaba ya la doctrina del origen hispánico —portugués, ya que no andaluz— de este hecho cultural, frente a las ideas de Montelius, que veía su raíz en el N. de Europa. Luego las corrientes han sido otras: los empeños de Siret y de otros arqueólogos, más bien no profesionales, de hallar ligámenes entre estas culturas hispánicas y el antiguo Egipto u Oriente en general han dejado de parecer fantásticos. Se han reconocido indudables contactos entre el neolítico hispánico y las altas culturas de Oriente y, en fin, para los mismos dólmenes y sus desarrollos se ha señalado un origen común con los *tholoi* micénicos y con los escasos ejemplos análogos de Creta; este retorno al *ex Oriente lux* no sólo es artículo de fe en la escuela arqueológica inglesa, de Gordon Childe y sus colegas, sino que lo es también entre la nueva generación española, deseosa de enfrentarse con sus maestros, e incluso los seguidores de Bosch lo han aceptado. Puede decirse que es hoy de consenso general; pero Wölfel no teme salirle al paso a toda esta opinión recibida, renovando la actitud de aquellos maestros. Un ponderado artículo de Myres en «Antiquity» (XXVII, 1953, págs. 3-11), a propósito de esta obra, aun aceptando toda la reconstrucción teológica de la cultura megalítica occidental diseñada por Wölfel, trata de demostrar lo insostenible hoy de estos supuestos occidentalistas; pero si lo consigue especialmente en cuanto a lo inverosímil de la supuesta invasión occidental, tampoco puede trazarnos un camino coherente que nos lleve de los prototipos de los *tholoi* egéos a las cúpulas y cámaras sepulcrales de Occidente.

Nos ocupamos con alguna extensión, que acaso parecerá excesiva, de estos problemas, no sólo por la personalidad del autor, tan vinculada a los estudios canarios, sino porque Wölfel los utiliza ampliamente para identificar las notas de esta cultura megalítica, que en Europa no se puede ver sino a través de las mudas piedras de los dólmenes, mientras que aquí, por excepción, las piedras, si más escasas, van acompañadas de unos textos, de unas descripciones de costumbres e ideas religiosas, preciosas por ser únicas. La civilización megalítica en Canarias, sin duda marginal, sin duda decadente tras millares de años de segregación de sus centros extintos, llegó hasta un tiempo en que pudo ser vista y mejor o peor descrita por mentes europeas, ya que no, por desgracia, por eruditos modernos. Las alusiones a los hechos canarios más o menos conocidos son innumerables a lo largo de toda la obra; además, un capítulo, el VI A, págs. 421-37, es dedicado concretamente a la religión de los canarios.

En una nota inicial da el autor una bibliografía de referencia, que nos parece demasiado breve; las principales contribuciones de Jiménez Sánchez hasta 1948, la edición de Torriani con sus apéndices, debida al mismo Wölfel, y cuatro estudios

suyos relacionados con el tema, de los cuales sólo conocemos aquí uno, *Die Hauptprobleme Weißafrikas*, 1941, que no pudimos reseñar a su tiempo, no obstante que también trata ampliamente de Canarias. Verdad es que en el momento en que cerró su información el autor casi no había, salvo los citados, más que trabajos muy antiguos, alguno de los cuales menciona luego.

La cultura canaria es para Wölfel no sólo una rama de la cultura megalítica occidental, sino la que llegó viva a tiempos más cercanos, pues si en Irlanda alcanzó hasta la Edad Media, aquí no muere sino en el dintel de los tiempos modernos, con la conquista española. Recuerda luego cómo desde su contacto con las Islas en 1930 llegó a la convicción, a través del estudio de la cultura y organización de los antiguos canarios, de que en su base estaba una cultura superior arcaica. Los hallazgos arqueológicos, en su mejor parte posteriores, no han hecho más que confirmar aquel juicio y señalar la antigua cultura mediterránea de los milenios 3º y 2º a. de J.-C. como el centro del cual partió un día la cultura canaria.

Como es de esperar, Wölfel hace una síntesis bien ponderada de esta vieja cultura insular: los sistemas sepulcrales en cuevas y en túmulos; las viviendas de técnica constructiva parecida; los santuarios de montaña, etc., son examinados con algún detenimiento. Menos atención se da a la cerámica, a los recursos alimenticios animales y vegetales (entre los cuales incluye, creo que con error, el olivo). Trata también de los ídolos, de piedra o de arcilla; de las inscripciones y petroglifos, y de los cuatro tipos que en ellas distingue y que le llevan hasta la Creta del 2º milenio a. de J.-C., como dio a conocer ya en su Torriani (Apéndice 3º).

Otro apartado dedica a los elementos de cultura espiritual, cuyo conocimiento se funda en fuentes escritas: el alto dios, los seres demoníacos, el culto de los antepasados, el sacerdocio, el matriarcado en Canarias. En fin, analiza el estrato cultural a que pertenecen estos elementos de la cultura canaria, que ya hemos visto hace subir a remotísimas fechas; y precisamente cuando en un caso admite la presencia de un elemento más reciente, con ocasión de supuestos hallazgos de bronce en La Palma (p. 437, lin. 4), es víctima de un error, por falta de claridad en una publicación española, ya que tales bronce no existen, antes se trata de una simple comparación.

La mayoría, si no todos los materiales y noticias aducidos por Wölfel, nos son bien conocidos ya; pero aun así las interpretaciones que les da nuestro autor son tan a menudo personales y penetrantes, que una traducción, de este capítulo por lo menos, sería bien de agradecer; pero nuestro conocimiento tan precario del alemán nos veda el intentarlo personalmente. Todavía interpretaremos un párrafo del último apartado del capítulo, que titula *Análisis estratigráfico de la Cultura Canaria*: «Para nuestro trabajo comparativo —explica el autor— y para el método de interpretación indirecta precisa algún sistema de establecer tan firmemente como sea posible la *situación temporal y tipológica* de esta cultura. En todo caso esta cultura tiene un extraordinario *carácter arcaico* y se halla en íntima relación con las *tempranas culturas superiores del Mediterráneo antiguo*. Es muy rica en rasgos megalíticos pero difícilmente puede ser calificada de cultura netamente megalítica.

Tal vez la cultura megalítica que le es más próxima sea la micénica, pero con seguridad se halla vecina a la cretense. Nada más que con las inscripciones, mediante su comparación con las cretenses, llegamos por lo menos al 2º milenio a. de J.-C., y mientras no hallemos en Occidente otro centro de cultura mediterráneo más reciente debemos calcular para el más tardío momento de la invasión de la cultura canaria en las Islas la segunda mitad del milenio 3º o el 2º milenio. Si el complejo cultural fue introducido de un golpe con sus rasgos megalíticos o si representa diversos estratos, no podemos determinarlo con nuestro actual conocimiento de los hechos».

Cuando otros autores alemanes tratan de retrotraer el poblamiento de estas islas a fechas apenas unos siglos anteriores a la presencia de navegantes cristianos en sus costas, estas afirmaciones de Wölfel, hechas tras maduro estudio y conocimiento de los restos aborígenes, nos hacen ver por lo menos que sus contrarios no pueden sostenerse sin prueba. Para admitir que estas notas tan arcaicas de la cultura canaria llegaron aquí en plena Edad Media, necesitaríamos descubrir dónde pudieron conservarse incontaminadas e inalteradas desde su remoto origen hasta fecha tan tardía. Si el África nos es mal conocida todavía, las islas mediterráneas, de donde tenemos algunos paralelos seguros, perdieron su remoto ambiente cultural desde milenios antes de la llegada de los árabes a Occidente.

Cuando aparezcan estas líneas, ya otros trabajos del Dr. Wölfel habrán concurrido a la palestra de la erudición europea. Pero su carácter principalmente lingüístico, no ya sólo, como en este caso, su idioma de redacción, nos veda examinarlos personalmente para nuestros lectores.

Elías SERRA

VIOLETA ALICIA [RODRÍGUEZ]: *Raíz y Tallo*.—Edición «Voz en el Mar», La Laguna de Tenerife [J. Régulo, Editor.—Imprenta Gutenberg], 1956.—90 págs. Precio: 25 Ptas.

Ante todo primer libro de poesías el lector y el crítico se preguntan inquietos: ¿qué nuevo mensaje nos traerá, qué mundos o sentimientos vendrá a descubrirnos, si casi todo está dicho en múltiples formas? Mas ésta no es siempre una pregunta recelosa, sino que, por el contrario, late en el fondo la esperanza y el deseo de ver surgir una revelación tras esos versos.

Al leer y releer *Raíz y Tallo* de Violeta Alicia, algo nos dice que nuestro deseo no ha sido defraudado. ¿Qué hay, pues, en esos versos que nos cautivan, que nos atraen, aunque apenas tienen melodía, aunque casi no tienen imágenes? Creemos que todo el misterio está en que esas composiciones, bajo esas formas sencillas, apenas ya sin novedad, nos ponen en contacto directo con un ser humano, con su intimidad, con sus anhelos, sus deseos y sus esperanzas. Y al final nos encontramos con un alma, con un ser con quien comunicar hondas cosas —que también son las más comunes— «sencillamente hablando», como diría Celaya.

En la primera parte Violeta se nos presenta aún titubeante, desamparada y humilde ante el secreto de Dios y del Universo. Se reconoce a sí misma y se encuentra barro endeble y por eso quiere justificarse:

*No nos culpes, Señor
de este barro caliente (p. 16)*

que culmina con ese precioso poema, *Mi oración de barro* (p. 26), donde la naturaleza, la fragilidad humana y el misterio de la eternidad se entrecruzan. Sus versos van tomando un tono angustiado y trascendente, aunque sin llegar a la desesperación, quizás porque su centro no está en su propia existencia.

*Dime, ¿por qué lo hiciste,
si de nada te sirven mis espumas, mi fuente,
ni este verso que estalla,
ni esta carne que grita?... (p. 25).*

Mira asombrada al Universo y siente que nada tiene explicación, que todo es un insondable misterio:

*¡No! No sabemos nada
del mar, ni de la aurora (p. 27).*

Sólo cree en Dios débilmente, «como una sombra vaga», y en esta situación, naturalmente se encuentra que

*Me he perdido, Dios mío, en el camino,
lejos de ti y de mí (p. 31)*

y entonces pide ahincadamente: «¡Dios! ¡Una chispa solal. ¡Una chispa de amor en tu alta cumbre!» (p. 33). Y esta chispa de amor salta prendiendo el fuego de la fe y la pasión en las dos últimas composiciones de esta parte, *Raíz y Tallo*, que da nombre a todo el libro. Y es que de pronto el amor ha surgido irremediable como un «torrente de incendios», convertido en el ansia de perpetuidad en el hijo:

*¡mujer en carne ardientel,
latiéndome en la sangre
el deseo de un hijo (p. 35).*

Por ahora este despertar del anhelo humanísimo le ha servido —como a Bécquer, por una mirada— el volver a creer en Dios, del que antes dudaba:

*Yo creo en ti, Señor,
porque te noto
latiendo subterráneo
entre mi carne (p. 36).*

En la segunda parte, titulada *Amor amante*, el tema amoroso lo invade todo, y el corazón de la enamorada se entrega totalmente a él. No podía faltar este tema en una mujer poeta; pero en ella, como en todo el libro, el acento auténtico y humano nos vuelve a poner en contacto con la emoción primigenia que siempre despierta el amor verdaderamente sentido. Primero es la espera, la llamada anhelante: «*Amante, ¿por qué no vienes?*». Y cuando llega, entonces florece el poema vivo y sonriente:

*Estoy contigo, amor,
en carne y sueño (p. 47)*

donde vemos a la poetisa desajustar la frase vulgar «*carne y hueso*» por «*carne y sueño*», que nos devuelve intacta la idea, como recién estrenada y recuperada para el mundo poético.

Pero el amor traspasa los límites del cauce meramente humano, pues necesita proyectarse, fundirse con el mundo. Y como corresponde a una voz isleña, el primer contacto es con el mar. Le vemos fundido con el amado:

*¡Los brazos de mi amante
ola impetuosa!
¡Las manos de mi amante
algas y espuma! (p. 50).*

Y aun la imagen su intensifica, se hace metáfora lorquiana, donde los términos sustantivos se identifican con los elementos marinos o del ambiente marinerío:

*Quiero a mi amante de musgo
donde naveguen mis dedos,
donde mis labios encuentren
sal y yodo marineros.
Isla de mi amor anclado
mi amante, roquedo eterno (p. 51).*

Pero también el mar ha de servir de separación y de partida para el amante, y como en la «*albas*» de la poesía provenzal o galaico-portuguesa la amada quiere retener al amigo que ha de partir al amanecer:

*Aún no anunció el gallo
su primer albor.
La marea es baja
y el agua está muda (p. 55).*

Mas la hora ha llegado y

*ya se acerca la nave
donde te irás, amor (p. 56).*

A veces también surgen otros elementos del paisaje y casi siempre corresponden a los de la propia isla natal de la poetisa: la playa, las rocas, los pinos, la montaña. En resumen, podemos decir de esta parte que, si no es la más original, está bien lograda, gracias a la agilidad de esas bellas imágenes y a ese verso de arte menor, que presta un carácter popular y espontáneo a las composiciones.

Sin embargo, donde la poesía de Violeta Alicia se muestra más madura es en la última parte de su libro, que titula: *Vaso humaniforme*. Hay un momento en que otra vez se vuelve a sentir sola y angustiada; por eso dice: «*Y yo no sé quién soy ni por qué vine*» (p. 66). Mas esto le sucede, porque toda su sangre se ha renovado y ya no se siente la misma:

Es una savia nueva de mujer hecha árbol (p. 67).

Luego nos expresa bellamente la torre de marfil del poeta que vive en medio de la realidad de un mundo ajeno a él. El verso toma aquí forma elocuente y matices sociales sin perder nunca su halo poético:

*Fuera de mí ese frío; la cobardía, el hambre.
Yo aquí, sobre mi estuche de esmeraldas puras* (p. 71).

Pero no, la poetisa no está tan lejos como cree de lo realmente humano; hay algo que la redime, y esto es el ansia de eternidad, el amor que surge no de un capricho pasajero, sino el que brota ardiente de las entrañas de la mujer. Y es que la originalidad de Violeta Alicia no está en esos largos salmos donde el amado va tomando mil formas, sino más bien en el ansia incontenible de ver madurar el fruto de su amor, el humano fruto del hijo. Ella compara su esterilidad presente con las madres grávidas que esperan la cosecha inmediata, del mismo modo que antes comparaba la soledad de su torre con el mundo:

*Porque mientras yo sueño, ellas viven despiertas
desgarrando su carne en contorsiones dulces* (p. 74).

Y en vez de dirigirse al amado presentido, al que ha de venir a llenar su mundo, en vez de imaginar aquel que ha de llevarla, poderoso, entre sus brazos, evoca el fruto del amor, borrando esta primera etapa quizás por superflua, quizás por ir a lo duradero y no a lo episódico, al fin y no al medio. Entonces surge una de las más hermosas poesías de su libro y una de las mejores de la poesía publicada en la actualidad en Canarias, que titula *Mío*, como si temiera perder el objeto de sus desvelos:

*Te veo, y todavía estás distante.
Tan distante, que, acaso, entre mi carne
no he de sentirte nunca* (p. 75).

Todos los anhelos, todas las angustias, todos los presentimientos se vienen a condensar en la única ansia de sentirse fecunda del hijo posible:

*Presiento la agonía de mi sangre,
 madurada por ti,
 por ti fecunda,
 y quisiera arrancarte de ese sueño (p. 76).*

Por último, el recuerdo de los muertos deja una estela luminosa, al final del libro, con lo que pierde, por ello, un poco de unidad. Mas no cabe duda que Violeta sabe dar a la elegía una conformidad lírica y resignada, a la trágica muerte del joven poeta Antonio Reyes, y dedicar una tierna y delicada composición al recuerdo de su padre, con el que desea retornar a

Aquella isla lejana donde tú y yo nos conocimos (p. 83).

Sebastián de LA NUEZ

GERTRUDIS SEGOVIA: *Cuentos de Hadas*, 2ª edic.—Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1956, 4º.—184 págs.—Precio: 75 Ptas.

IDEM: *Mientras la nieve cae...* (*Nuevos cuentos de hadas*) 2ª edic.—Prólogo de JUAN B. ACEVEDO.—Santa Cruz de Tenerife, Goya Ediciones, 1956. 4º.—268 págs. Precio: 75 Ptas.

Con un fin benéfico altamente simpático, a beneficio del Hospitalito de Niños, Goya Ediciones ha editado estas obras, por primera vez impresas en Madrid en 1912. La autora no era canaria, pero vino a vincularse, al fin, a esta isla; y la nueva edición de sus obras de literatura infantil ha sido hecha con la dignidad y gusto que distingue ya las ediciones tinerfeñas.

DACIO-VICTORIANO DARIAS Y PADRÓN DE ARTEAGA Y HERNÁNDEZ-HERRERA: *Sumarios noticias sobre la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén*.—Santa Cruz de Tenerife, Imprenta Católica, 1957. 15,5 x 21 cm.—32 págs.+2 láms.—Precio: 25 Ptas.

La ya numerosa bibliografía histórica de don Dacio V. Darías y Padrón, de la que ya nos ocupamos en esta misma revista (tomo XIX, 1953, págs. 335-340), se ha enriquecido, entre otros, con el título que encabeza esta nota. El opúsculo es producto del culto que el autor rinde a un pasado caballeresco, lleno de espiritualidad cristiana, cuyos postulados apenas se avienen con la sociedad presente, hechura materialista de los progresos de la ciencia y de la técnica. Pero el Sr.

Darias y Padrón, que cree en la virtualidad esencial de los valores caballerescos y participa en su comunión como caballero profeso de uno de sus más antiguos institutos, desea reivindicar del tópico y del olvido el significado histórico y estado actual de la Orden de Caballería del Santo Sepulcro de Jerusalén.

No se le oculta al autor que esta antiquísima orden «no es lo bastante considerada como ella se merece ... en ciertos sectores nobiliarios». Esta preocupación es el *leit-motiv* del trabajo, y ello le lleva a bosquejar, sumariamente, su historia, sobre todo en nuestra patria, donde el rey don Alfonso I de Aragón dejó en 1134 su reino a tres órdenes militares, entre ellas y especialmente a la del Santo Sepulcro. Después de aludir a la aceptación por parte del rey don Felipe II del Gran Maestrazgo y de que don Alfonso XIII fue Gran Bailío Protector de la Orden en España, termina la parte expositiva con la mención de las condiciones que actualmente se exigen para el ingreso, entre las que figuran limpieza de sangre e hidalguía centenaria de dos apellidos (aunque pueden justificarse cuántos se deseen), uno de ellos necesariamente el primero. Al final estampa las listas de los caballeros de los dos capítulos de la orden en España, entre los que, además del propio Sr. Darias y Padrón, figuran nuestros paisanos don Nicolás Pérez de Ascanio y Ventoso y don Juan Martí y Martínez-Ocampo. Por nota añade el autor que han pertenecido a esta orden caballeros de las familias canarias de Hoyo y Ponte, sin citarlos. Lo fue, en efecto, don Alonso del Hoyo-Solórzano y Hernández, conde de Sietefuentes y caballero hijodalgo de Madrid, últimamente fallecido. No nos ha sido posible verificar la afirmación en cuanto a los Ponte, y sólo hemos hallado que don Francisco Fernández de Béthencourt, en su *Nobiliario y Blasón de Canarias* (Santa Cruz de Tenerife, 1878, página 208), dice que el primero que hubo en las Islas (16 de abril de 1868) fue don Luis Cosme Benítez de Lugo y Benítez de Lugo, a quien la reina doña Isabel II había hecho merced de hábito en la orden de Alcántara el año anterior.

Hace algunos años, en una alocución al patriciado romano, S. S. Pío XII declaró que la nobleza había dejado de tener función social y que debía adaptarse a los tiempos y circunstancias presentes, si quería subsistir. Pero, que sepamos, en Roma misma aún no han sido suprimidas las anacrónicas funciones de príncipes asistentes del trono, furriel mayor, gran gentilhombre, portadores de la rosa de oro, gran maestre del Santo Hospicio, mariscal de la Santa Iglesia Romana, superintendente de postas, etc., que desempeña dicho patriciado. Mientras las cosas continúen así se justifican y son de agradecer los esfuerzos vindicativos y divulgadores como el del Sr. Darias y Padrón para el mejor conocimiento de una de las más famosas instituciones de caballería del cristianismo, especialmente entre españoles, a cuya historia la orden está tan vinculada.

En cuanto al hecho de que la orden del Santo Sepulcro no tenga hoy gran predicamento aristocrático en España, donde se considera que proporcionan prueba plena de nobleza sólo los expedientes de ingreso en las órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa y San Juan de Malta, los de Carlos III hasta 1847, los de las cinco maestranzas y los del Real Cuerpo Colegiado de Hijodalgo de la Nobleza de Madrid, acaso haya que buscarle justificación en la

circunstancia de que precisamente durante los siglos de auge de las corporaciones nobiliarias españolas la de los templarios había decaído y se había oscurecido hasta el punto de que la representaba la de Malta, cuyo gran maestre se tituló mucho tiempo de Malta y del Santo Sepulcro. Cuando S. S. Pío IX restauró la independencia de esta orden en 1847, en España soplaban ya otros vientos que los que habían transformado en aristocráticas las antiguas órdenes militares de caballería.

Pero es cosa sabida que la fe del carbonero reclama, por lo menos, un poco de carbón. Así y todo, acaso sería mejor prescindir de anacronismos y medias tintas —que a todos descontentan y a nadie edifican— y dejar a las instituciones religiosas sus funciones fundamentalmente religiosas; la nobleza que se cree aparte sus organismos específicos. Y, si no, recordemos la fina ironía del sacerdote y caballero profeso de Santiago don Pedro Calderón de la Barca, al estimar que ni Cristo ni Santiago, a la defensa de cuya religión se dedicaron originariamente estos institutos, podrían ser caballeros de las órdenes, considerados exclusivamente por el lado humano. Sus versos, en el auto sacramental *Las Órdenes Militares*, son harto expresivos:

*Con todo eso, por la línea
de Adán tocarle es preciso
el villanaje, supuesto
que es también natural hijo
de María; y aunque sea
solo padre putativo
Joseph, ya para las pruebas
vive de un humilde oficio...*

Ha pasado definitivamente el tiempo en que escenas de comedia semejantes puedan tener vigencia convincente. A no ser que no se nos alcance que hay situaciones en que es respetable y santo hasta el ridículo.

J. RÉGULO PÉREZ

SEBASTIÁN DE LA NUEZ CABALLERO: *Instrumentos musicales populares en las Islas Canarias*.—Apud *Miscelánea de Estudios dedicados al Dr. Fernando Ortiz por sus discípulos, colegas y amigos*, tomo II, La Habana, 1956, págs. 1145-1162, + 1 lám. con 6 figs. [Hay separata].

Es muy de agradecer el servicio prestado al conocimiento del folklore canario por nuestro compañero La Nuez, al darnos una visión de conjunto acerca de los instrumentos musicales populares de las Islas. Los trabajos demológicos sobre

nuestra región tienen ya un acervo respetable, y el del Dr. La Nuez ha cubierto un terreno prácticamente virgen. Los resultados, dado lo primitivo de la sociedad prehispanica canaria y su ya completa fusión con los conquistadores en el siglo XVI, no han sido sorprendentes: en el aspecto cultural y costumbrista la sociedad canaria es prolongación de la hispánica, y en lo musical no es posible separar rasgos típicos, pervivencias autóctonas o creaciones singulares. La demología musical de Canarias es, pues, fundamentalmente, importación de la Península. La demostración de este hecho y la puntual bibliografía aportada al tema hacen que la monografía cuente positivamente como base necesaria de ulteriores búsquedas y precisiones en el campo del folklore musical canario.

Al final, el Dr. La Nuez dedica buen espacio al estudio descriptivo y filológico de los instrumentos musicales. Aquí el autor se mueve casi siempre en el terreno de las hipótesis y de las conjeturas más o menos afortunadas, sobre todo en la parte lingüística. Nuestros puntos de vista son los siguientes:

guitarra. Aunque La Nuez pone este instrumento para Tenerife y La Palma, según nuestras referencias se trata de un americanismo reciente en Tenerife. En La Palma es desconocido. En todo caso, no tiene arraigo popular, y mal puede considerarse como representativo de nuestro folklore. Por contra, el *acordeón*, instrumento verdaderamente popular, que el vulgo campesino llama *el escurdión* o *la curdión*, no aparece recogido por el autor; la voz procede del francés *accordéon*, y éste del alemán *akkordion*, derivado de *akkord* 'acorde musical' por el músico vienés Damian en 1829. En España se dijo primero *acordión*, pero desde 1884 el *Dic. Acad.* sólo registra *acordeón* (Apud COROMINAS, *Op. cit.* después, s. v.).

bandurria. La explicación etimológica de La Nuez cae, pues *bandurria* procede del latín tardío PANDURIUM 'especie de laúd de tres cuerdas' y éste del griego πανδοῦρα. PANDURIUM (-ORIUM) aparece ya en el siglo VI en Casiodoro y San Isidoro de Sevilla, según COROMINAS, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid, 1954-1957.

guitarra. No hay ninguna de las dudas que se le ofrecen a La Nuez: el vocablo procede del árabe *kūtāra* y éste del griego *κίθάρα* 'cítara'. La forma vulgar canaria *guitarra* seguramente no tiene el origen aventurado por La Nuez: «repugnancia al sonido gutural o contagio con palabras que empiezan por qui». Las Islas han conservado muchos arcaísmos peninsulares, y éste es uno de ellos, registrado ya en esta forma por MENÉNDEZ PIDAL, *Poesía juglaresca y juglares*, Madrid, 1924, pág. 58, nota 1, como antiguo en castellano.

laúd. Sobra tan largo rodeo para explicar la vigencia de la voz en España. Se trata del árabe *ūd* 'laúd' con el artículo arábigo *al-* aglutinado, que dio en antiguo español *alaut* y luego *laúd*, ambas formas ya en el Arcipreste de Hita.

tiple/timple. La etimología es seguramente la propuesta por Covarrubias, que recoge La Nuez: *tiple* procede de un antiguo *triple*, la más alta en la clasificación tripartita de las voces humanas: contras, tenores y tiples. Ambas formas, *tiple* y *triple*, aparecen ya en textos arcaicos del siglo XV y son muy abundantes en textos literarios del Siglo de Oro. El paso del nombre de la voz al instrumento

no será hacia el siglo XVIII, como supone La Nuez, pues el caso de que *tipló* signifique en catalán de Gandesa 'guitarra pequeña' (AMADES, *Excursions*, III, 191, citado por COROMINAS) recomienda más circunspección. No hay que ir a Italia, como hace La Nuez, para el cambio de *triple* en *tiplé*, pues a más de que, como ya dijimos, es antiguo en español, no es raro oír en Canarias, entre el vulgo, que una cosa costó el «*tiplé*» que otra. No negamos que la *m* epentética de *tiplé* pueda venir influida por *templar*; pero el hecho de que aún no esté explicada satisfactoriamente la génesis de la *n* de *fincar* < lat. vulgar FIGICARE y éste del lat. FIGERE, junto a casos como *epilencia* < lat. *epilēpsia* [< gr. ἐπιληψία] y *catalencia* < lat. *cātālēpsis* [< gr. κατὰληψις], documentados en V. Burgos, 1494 (según COROMINAS, *Op. cit.*, s. v. *epilepsia*), al lado de *benensia* 'especie de cucharón de mango largo para sacar vino de una pipa', que procede de que originariamente se hizo de loza de *Venecia* y hoy en Canarias se hace de caña, y de que *Venezuela* se pronuncia vulgarmente en Canarias *Benensuela* y *Berensuela*, etc., todo ello hace pensar que estamos en presencia de un fenómeno, vigente en castellano hasta el siglo XVI y arcaizante en Canarias, que aún no ha recibido aclaración adecuada. Por lo demás, *tiplé* no es exclusivo de Canarias, pues también se da en Murcia (GARCÍA SORIANO, *Vocabulario del dialecto murciano*, Madrid, 1932), y quizás en otros lugares.

contra/contro. Seguramente estas dicciones tienen una formación paralela a la de *tiplé/tiplé*, pues en COROMINAS, *Op. cit.*, s. v. *tiplé*, se hallan los dos siguientes ejemplos del Marqués de Santillana:

*incessantes los discoros
de melodiosas aves,
unisonos, muy suaves,
triples, contras e tenores.*

*e bien como los cantores
çessan, quando el preste canta,
çessó la familia sancta,
los triples, contras, tenores.*

requinto. La base de esta voz es el lat. QUINQUE; pero no creemos, como sugiere La Nuez, venga condicionada por la acepción canaria de *requintar* 'poner tenso al máximo', sino por las gradaciones musicales, en evolución semejante a la de *tiplé* y *contra*, pues ya en Hernando de Yanguas, anterior a 1518, podemos leer (según COROMINAS, *Op. cit.*, s. v. *tiplé*):

*y lleva, Gil Pata, si quites, el tenor,
tú frisale al triple, Benito, las martas,
tú di, Pero Pança, requintas y quartas,
que yo diré luego la cuenta y mayor.*

Hay erratas curiosas, p. e. (pág. 1145): «la profesora de la Universidad Santa María, Rosa Alonso», por «la profesora de la Universidad señorita María Rosa Alonso»; «Bethencourt, Alfonso», en medio de una relación de investigadores, por

«Béthencourt Alfonso» (pues podría hacer creer que se trata de dos autores); «púr-pura getulia» por *Purpura Gaetulica* (pág. 1159), etc. Pero la más curiosa es *guineo* (pág. 1160), por *guinso*, que puede llevar a gran confusión, ya que *guineo* es voz usual en los campos de Canarias (la tenemos bien comprobada para La Palma) con el sentido de 'sonsonete' 'ruido monótono y continuado', 'runrún que se torna molesto'; y aunque con esta acepción no figure en nuestros diccionarios, su filiación semántica es fácil de seguir, si tenemos en cuenta que *guineo* es 'cierto baile de negros' y la 'música de este baile', sentido reforzado por el graznido insistente y molesto del *guineo* o *gallina guinea*. La etimología es patente: viene de *Guinea*, la región de África de donde proceden los negros y el ave.

J. RÉGULO PÉREZ

Cecil Roth: *Historia de los marranos*.—Buenos Aires, Editorial Israel, 1946.—288 págs. en 8°.—Precio: 20 pesos.

Ha llegado a nosotros ahora esta historia de los judíos conversos en España y Portugal que conservaron bajo la apariencia de cristianos la fidelidad a sus antiguas creencias. Analiza el autor el proceso de la instauración en los dos reinos peninsulares del tribunal de la Inquisición, sus procedimientos, apogeo y extinción y distintos personajes que entre aquéllos descollaron, sus creencias, literatura, etc.

No vamos a hacer aquí una crítica de la obra, ni aun un resumen de la misma; sólo queremos dejar constancia, para el que en el futuro estudie este interesante tema en nuestras islas, tanto en lo que se refiere a la emigración de cristianos nuevos, como a la actitud del Santo Oficio para con ellos, de la referencia que el autor de esta obra hace a ambos extremos.

Hace notar que fue grande el número de aquéllos que se establecieron en las Canarias, que una inquisición episcopal fue establecida en 1499, cuyas investigaciones condujeron al descubrimiento de una sinagoga secreta, lo que motivó la creación en Las Palmas de una filial de la inquisición de Andalucía, en 1504. Señala cómo se mostró muy activo el tribunal en 1526 y hace un breve resumen de distintos autos de fe, hasta llegar al Edicto de Fe publicado en 1625, fecha en la cual las investigaciones llevadas a cabo condujeron a descubrir la existencia de toda una colonia secreta de judíos. La huida de muchos de ellos y, para el autor, también «consideraciones políticas», motivaron que no hubiese persecuciones. Desde entonces, termina diciendo, el criptojudaismo es completamente desconocido en las Islas.

Menciona la obra de Wolf, *Judíos en las Islas Canarias*, de la que toma como modelo un Edicto de Fe, que completa con pasajes sacados de otros.

La referencia a Canarias es breve, respondiendo a las características generales de la obra, que realmente es un resumen para la divulgación del tema; pero no hemos querido dejar de notar su referencia a nuestras islas.

Leopoldo de LA ROSA